
EL PAPA Y EL CONGRESO.

II.

En nuestro anterior artículo, tratamos de probar que la confusión del poder temporal y el poder espiritual desmentía la obra política del cristianismo, que, según confesión de la misma Iglesia, consistió en separar esas dos esferas de la sociedad, para que no volviese á ser posible jamás la tiranía derrocada por el espíritu del Evangelio. Hoy nos proponemos probar que el poder temporal es dañoso al pontificado. La sociedad que el cristianismo naciente fundó, fué una sociedad destinada solo á contener el espíritu; todo amor, toda caridad, sin más lazo que la unión de los corazones, sin más gobierno que el patriarcal génio de los ancianos, sin más fuerza coercitiva que la

virtud de la doctrina de Cristo, sin más fin que caminar hácia las riberas de nuestra pátria que se esconde en los resplandores del cielo. El ideal de esta vida santísima será siempre Jesucristo. Nacido en humilde condicion, educado en el trabajo, exento del orgullo que aqueja á los poderosos de la tierra, sin más afan que el bien de la humanidad, sus lábios no se abrieron sino para bendecir, su corazon no latió sino para amar, su voluntad no se movió sino para persuadir; y á pesar de que sintió en sí la eterna fuente de la vida, el espíritu de Dios, se confundió con las últimas clases sociales, vivió la vida amarga del pobre, bajó la frente al dolor, y no quiso más poder que el de su palabra, ni más reino que el de la verdad y del espíritu, venciendo á la terrible autocracia que dominaba al mundo, y quebrando la diadema de oro en la frente de los césares con el poder de su idea y el ejemplo santísimo de su muerte. Esta tendencia natural del cristianismo á la vida del espíritu, movió de tal suerte el ánimo de las gentes, que muchos de sus primeros sectarios menospreciaron la sociedad, huyeron al fondo oscuro de las cavernas y de los desiertos, se entregaron á la contemplacion de Dios y á las oraciones, y avi-

varon con el dolor y la penitencia la llama del espíritu, como si quisieran consumir en su fuego hasta los átomos de esta baja tierra. Y para fines puramente espirituales y divinos fundó Jesucristo el pontificado.

¡Qué hermosa fué aquella época en que el poder temporal no se habia mezclado al carácter sublime del pontifice! Entónces fué cuando de todas las regiones de la tierra, con las señales aun recientes del martirio, corrieron aquellos grandes mantenedores de la nueva doctrina, aquellos hombres que habian definido la libertad, que habian afirmado la idea de Dios en la conciencia humana, que habian unido nuestro espíritu al cielo, deseosos de formular la verdad depositada en su mente, á reunirse en el Concilio de Nicéa, escribiendo, ántes que se disolviera el imperio en la catarata próxima á desplomarse del polo, el símbolo de la fé, que aun hoy repiten todas las generaciones bajo las bóvedas de nuestras iglesias. Entónces fué cuando, disuelto el imperio, caidas en el polvo sus leyes, roto el cetro de la tierra, en medio de aquella inundacion de pueblos, que unos venian del Rhin, otros del Danubio, todos igualmente bárbaros, devorados por sed de san-

gre y hambre de carne cruda, el pontificado se levantó á iluminar la conciencia en tan oscura noche, á salvar la humanidad en tan deshecha tormenta, llevando en sus manos el fuego sagrado de la nueva vida.

El papa entónces dejaba los cuidados del poder temporal á los emperadores, y tomaba para sí solamente los árdulos cuidados del espíritu. Y esto es tan cierto, que si alguno de los dos poderes predominaba, era más bien el poder civil que el poder religioso. Los papas pedían su confirmación á los emperadores, aunque eran elegidos por la voluntad de todo el pueblo romano. El ideal de este tiempo en que el pontificado no tenía poder temporal, es Gregorio Magno. Rodeado de pueblos idólatras; bajo la tutela de emperadores dados á las distinciones teológicas del Oriente; con un clero corrompido por la simonía; amenazado de los longobardos, siempre en armas contra Roma, dolorida por la peste negra, que azotaba á la tierra y convertía en cementerios las ciudades; embargado con las continuas turbulencias de Constantinopla; dominando entre aquellas corrientes de pueblos bárbaros que aun no habían fijado su planta en un punto ni su conciencia en un dogma;

preocupado por el vuelo que la heregía donatista tomaba en África, region siempre querida de la Iglesia; contradicha su autoridad por mil voces que del seno de lo pasado se levantaban á contener el progreso del mundo; su espíritu, como el águila que vuela sobre las nubes y vé la luz del sol cuando la tierra está sumida en las sombras, contemplaba su idea, la esparcía por todos los pueblos, conquistaba para la Iglesia á los borgoñones, á los anglos, á los visigodos, á los feroces lombardos; limpiaba de heregías la conciencia humana, reunía en un mismo pensamiento las iglesias, empujaba los obispos del Norte á que penetráran en los hielos de la Germania á contener con la dulzura de la idea cristiana la barbárie; componía entre aquellos quejidos de la sociedad herida, el cántico sublime de la Iglesia, que aun hoy inunda de dulce sentimiento religioso nuestras almas; y para obrar tantas maravillas, para convertir tantas razas, no necesitaba ser rey de Roma, sino humilde servidor de los servidores de Dios.

Pero sonó, por fin, la hora en que el papa tuvo poder temporal, y al par sonó la hora de amargas aflicciones para la Iglesia católica. El que consulte con severa imparcialidad la historia, se con-

vencerá de que el poder temporal es dañoso al poder espiritual del pontífice. Y no se diga la antigua y acreditada vulgaridad de que la historia es el arsenal á que van á proveerse de armas todas las escuelas. Este grosero error no puede caber en la mente de los que hayan estudiado la historia en nuestro siglo. La historia, como la naturaleza, como el espíritu, tiene sus leyes reales é incontrastables. Cada hecho es una gran idea que se levanta del fondo del espacio, y que en sí contiene su razón como las flores contienen las semillas y el agua el vapor. Dejemos, pues, hablar á los hechos, que son los grandes raciocinios grabados en el espacio. La Europa había caído tanto, que, á pesar del gran trabajo del mundo romano y de la gran revelación del cristianismo, llegó á creer que el derecho estaba, como el árbol y el mineral, pegado al suelo, y el poder á la tierra. De aquí nació en los reyes la idea de tomar por patrimonios suyos los pueblos, y en los nobles la idea de fundar en la propiedad la soberanía, y en toda Europa la idea del feudalismo. El papa, que podía, depositario como era de la verdad, haber recordado al mundo que el derecho está en la conciencia, en el espíritu, por un pe-

dazo de tierra que le dió un usurpador, fundó también una soberanía temporal, y se dejó arrastrar de la corriente hácia el feudalismo. El rey de Roma comprendió su error, y presintiendo de cuantos males la donación de Pipino estaba preñada, para cohonestar aquella humillación, fingió que desde el tiempo de Constantino era suyo su nuevo patrimonio, como si alejando su origen, fuera posible sancionar el mal. El error de que la donación de Roma provenía de Constantino, se acreditó tanto, que un espíritu levantado, como el Dante, no se libertó de él, y en su Divina Comedia se lamenta de que Constantino amenguara el poder divino de la Iglesia con aquel pobre fragmento de tierra, cuando el poder espiritual de la Iglesia no há menester ningún territorio, rebosando, como rebosa, en los espacios.

Aun no había Pipino donado al papa sus Estados, aun no le había libertado del lombardo Astolfo, y ya se vieron y se palparon los males de la donación. Las nobles familias romanas, que miraban antes con respeto, pero sin codicia, la alta dignidad del pontificado, desde el punto en que vieron unida á ella un fragmento de tierra, escitadas por la idea feudal que se respiraba en los

aires, y movidas de ambiciones que se explican aunque no se justifiquen, se propusieron escalar aquel poder, que habian menospreciado cuando era una pobre barca entregada á las tempestades hirvientes de la vida, y no tenia más ornato que la luz del cielo, ni más tesoro que la verdad, ni más fin que la direccion de la conciencia humana. Totin de Nepis, patricio romano, llama á uno de su familia que era seglar, le inviste del manto de los pontífices, le ordena por la mano de un obispo de Palestina, y lo levanta en la cátedra de San Pedro; y en tal anarquía, los lombardos vuelven, toman á Roma, se extienden por sus calles y plazas, y un general llamado Valdiberto, saca de un claustro á un pobre monje, lo eleva á la silla pontificia, y el papa legítimo, el papa elegido con arreglo á los cánones, huye sin tener un asilo en aquella Roma en que sus predecesores habian casi siempre encontrado, aun en los días de más amargura, el respeto del pueblo y el reconocimiento de su espiritual autoridad.

Se levanta en seguida un hombre extraordinario, á quien la historia dá con razon el dictado de grande. Con una mano contiene en el Pirineo las hordas del Mediodía; con la otra contiene en

el Norte las irrupciones de los pueblos bárbaros; su mente abraza todo el ideal de la Edad media; su voluntad indomable tiende á fundir las razas cristianas; su brazo reduce á polvo la soberbia de los poderosos; su fantasía busca instintivamente los recuerdos de la edad clásica en la tumba de la historia, para dar unidad á su imperio; su conciencia, al ver en desolacion el mundo, en guerra las sociedades, en tinieblas los espíritus, arrasados por las corrientes y por la tempestad todos los campos donde era posible fijar la planta, dá el ósculo filial con amoroso respeto al pontificado, único sol que podia volver á su natural gravitacion en aquella edad la tierra desquiciada. Más la obra de Carlo-Magno fué frágil y transitoria. Cuentan las crónicas que un dia el emperador, mirando desde las ventanas de uno de sus palacios que daba sobre el mar las ondas alteradas, vió acercarse las blancas velas de las naves de los normandos, y un negro presentimiento cruzó como siniestro relámpago por su alma, revelándole que aquellos piratas iban á romper el dique por su mano alzado á la inundacion continua de los bárbaros. Si hubiera podido mirar el espíritu con la misma facilidad con que miraba la

naturaleza, hubiese descubierto que la obra de la unidad sostenida por su espada, se iba á destruir, y que el imperio romano por él resucitado, en vez de contribuir á la paz del pontífice, estaba destinado á darle á beber el cáliz de todas las amarguras, y á poner su mano sacrilegamente en el rostro de uno de los más altivos papas. Grandes disturbios agitaron al pontificado, disturbios cuyo recuerdo pone dolor en el corazón y sombra en la inteligencia. Los príncipes, que miraban con envidiosos ojos Italia, se repartían los giros del manto del pontífice; Luis II llegaba jadeante á Roma, veía al papa en una procesion, y, sin respeto á tan religioso acto, hería á los sacerdotes con su hambrienta espada: el cadáver del pontífice Formoso era desenterrado por sus sucesores, y sus dedos, que tantas veces habían bendecido al pueblo, arrojados con ignominia á las cenagosas aguas del Tiber; las Marocias y las Teodoras, nobles pero prostituidas damas, pretendían elevar al sόlio á sus amantes; y Juan XII, aquel jóven que habia escandalizado al mundo, volvió á Roma capitaneando una turba de musulmanes, que llevaban por do quier la desolacion y la muerte.

Y en verdad, despues de estos tristes dias, sobre los cuales corremos un velo, porque, como dice un gran poeta, la historia tambien tiene su rubor, crece la lucha entre el pontificado y el imperio. Lo decimos sin vacilar, en esta gran contienda, nosotros estamos de parte del pontificado. Nosotros creemos que su autoridad era más progresiva que la bárbara autoridad de los emperadores; creemos que su idea era más humanitaria que la idea de los Barbarrojas y los Othones; creemos que sus esfuerzos conducian á la humanidad á más seguro puerto, que los esfuerzos coaligados del feudalismo y la monarquía; creemos que el papa amparaba con amor bajo su manto, aquellas repúblicas italianas que sus enemigos de Alemania hubieran destruido, conteniendo un gran movimiento de libertad; creemos que en esta lucha el pontificado representa el espíritu y el derecho, mientras el imperio solo representa la tradicion y la fuerza. No somos en Italia gibelinos, como el Dante; somos güelfos, como Mateo Villani. Hemos admirado muchas veces á Gregorio VII, la gran idea que ocupa su vasta mente, la fuerza indomable de su voluntad que se sobrepone hasta á las fuerzas ciegas de la naturaleza,

su voz de trueno que domina todo el estruendo de las tempestades de su tiempo, su constancia que prosigue hasta el fin el ideal de toda su vida sin desmentirlo nunca, la fiera altivez con que habla á los poderosos del mundo y agita sobre sus protervas cabezas el rayo del cielo, sus atrevidos planes de reformas, el esfuerzo con que arranca al polvo de la tierra el clero para disciplinarlo como una milicia espiritual, el espectáculo que ofrece al mundo teniendo á un emperador vestido de cilicio, ayuno, yerto en el patio del castillo de Canosa implorando su perdon, la audacia con que remueve los fundamentos de su siglo, y tuerce la corriente de los tiempos; y muchas veces hemos pensado que solo le sobraba para ser árbitro del mundo ese poder temporal, pobre barro que pesaba con demasiada pesadumbre en las gigantes alas de su alma. Y la prueba de que en esta lucha del pontificado con el imperio, lo único que le sobra al pontificado para tener razon, es su poder temporal; la prueba de este aserto nuestro se halla en los hechos posteriores, que examinaremos con brevedad. Se empaña reciamente la contienda de las investiduras. Enrique V pide una intervencion viciosa en lo

que atañe exclusivamente á la Iglesia, en lo que es de disciplina espiritual, en el nombramiento de los obispos. Pascual II niega esa intervencion, y con justicia, con razon, que nosotros reconocemos y proclamamos. Llega el momento de una avenencia entre el papa y el emperador, y Enrique V renuncia á toda intervencion en las investiduras, con tal que el papa obligue á renunciar á los obispos sus bienes temporales. El papa se obliga á esto; pero como no empieza dando el ejemplo, los obispos no le oyen, y la concordia queda rota, y siguen gravísimos males; pues Pascual II sale azotado de Roma, y Sencio arrastra, cogiéndolo de los cabellos, al papa Gelasio II, y Calixto II firma el concordato de Worms, en que los derechos espirituales eternos de los pontífices son sacrificados á las insolentes pretensiones de los emperadores; y todo por la incierta conservacion de un poder temporal eternamente amenazado, eternamente herido. Nueva prueba en verdad, de que el poder temporal ha sido dañoso siempre al poder espiritual de los pontífices.

Y si de aquí descendemos á otros actos de la vida del pontificado, encontraremos mil veces oscurecido el poder espiritual de los papas por el

poder temporal. Un hecho de nuestra misma historia lo probará evidentemente. Pocos pueblos del mundo habrán contribuido en la Edad media á la civilizacion universal como la gran corona de Aragon. Baja del Pirineo, rescata las más hermosas ciudades de las cadenas en que las tenia oprimidas la gente musulmana, redime á Mallorca, toca con sus enseñas victoriosas en África; y el papa, en pago de tantos servicios á la cristiandad, la excomulga, la tiene separada del gremio de la Iglesia, sella su frente con el anatema de reprobacion religiosa, sólo por servir los intereses de la casa enemiga de nuestros grandes monarcas, de la casa de Anjou, y sirve los intereses de la casa de Anjou porque le reconoce esta unos derechos mentidos é ilusorios que Martin IV pretendia tener sobre Nápoles y Sicilia. Por eso, cuando el gran Pedro III, rodeado de sus almogávares, se levanta en el collado de las Panizas como el génio de la victoria, y arroja sobre los soldados de Francia las piedras de los montes, y los aplasta á pesar de su acendrada piedad, se burla desdeñosamente del legado del papa, que se creia, por llevar en sus manos la enseña de San Pedro, bastante poderoso para derrocarlo en el polvo; como

si los aragoneses todos no alcanzaran y conocieran que en aquella contienda sólo libraba Romanos intereses mundanales, que empañaban el brillo de la tiara.

Y esto mismo se ve, para abreviar, en mil ocasiones de la historia. El brillo del poder temporal obligó al papa á arbitrar, por todos los medios posibles, el acrecentamiento de sus rentas, y este acrecentamiento fué la causa ocasional del gravísimo hecho que rompió la unidad religiosa de Occidente. Ofensas recibidas de Carlos V, y el interés de su poder temporal, movieron al papa á levantar á Francisco I el juramento que habia prestado antes de salir de su cautiverio de Madrid; y este hecho le atrajo la rabia del ejército imperial, que asaltó los muros de Roma, vertió á torrentes la sangre de sus ciudadanos, profanó los templos, arrastró los cardenales, y cometió atentados que no habian cometido en los asaltos de la ciudad eterna, ni los galos, ni el mismo Genseric. El interés de su poder temporal obligó al papa á ligarse, unas veces con los turcos de Constantinopla, otras con los protestantes de Suecia, para domeñar á paises eminentemente católicos. El interés del poder temporal forzó al papa á

consentir en la expulsión de los jesuitas, que habían sido los ejércitos permanentes de su monarquía.

No lo olvide el pontífice. La teoría de su poder temporal inspiró á los reyes la idea del derecho divino, y se imaginaron tener una corona forjada con el rayo del cielo, y crecieron en soberbia, y menospreciaron al pontífice, que hubiera podido sostener en sus manos siempre la balanza del mundo, protectar contra todas las injusticias, amedrentar á todas las tiranías, ponerse al frente del movimiento social y político de los siglos, si no hubiera tenido ese poder temporal, polvo de la tierra, que debe sacudir como sacudían los apóstoles sus sandalias cuando se apartaban de Jerusalem, la ciudad de lo pasado, para extender el reino de Dios por toda la tierra.

Enero 7 de 1860.

ÚLTIMA FASE DEL CESARISMO.

Todavía reina el cesarismo en Francia; pero su hora ha sonado ya, y todas las señales que se ven aparecer en nuestros horizontes, anuncian su próxima ruina. Así como ántes de la guerra de Italia el cesarismo francés moría por falta de actividad, y por su apego á lo pasado, y sus pactos con el espíritu de los antiguos tiempos, hoy muere por haber tomado sobre sí una obra muy superior á sus fuerzas; que cuando una institución viola constantemente el derecho, cuando una idea se opone á la corriente invencible de todos los progresos de un siglo, por cualquier camino, va á dar en su perdición, sin poder rehuir la sentencia que la condena á muerte. El César de ayer